

La
conquista
del
ESPACIO

!DEVORADOS!

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



Una bóveda de cristal de diez pulgadas de espesor, en pedazos rectangulares de no menos de cien metros cuadrados cada uno, formaban un techo impresionante que sujetaba con firmeza la atmósfera artificial creada en base Ciudad Lunar. Dicha bóveda rompía los peligrosos y duros rayos solares sin tamizar por atmósfera alguna, filtrándolos y dividiéndolos en miríadas de rayos difusos que daban una luz semejante a la recibida, por ejemplo, en Miami Beach o la Costa del Sol española.

Los quinientos metros de profundidad se habían dividido en pisos, dejando el más bajo y profundo para la instalación de energía atómica que daba vida a la base.

¡DEVORADOS!

Ralph Barby

CAPÍTULO PRIMERO

No se podía negar que la base Ciudad Lunar estaba bien acondicionada. Había sido totalmente construida en un cráter del satélite de unos dos kilómetros de diámetro por medio de profundidad. Dicho cráter, antes de ser elegido por el Comité Mundial del Espacio, había sido estudiado concienzudamente, de ello hacía ya varias décadas.

Una bóveda de cristal de diez pulgadas de espesor, en pedazos rectangulares de no menos de cien metros cuadrados cada uno, formaban un techo impresionante que sujetaba con firmeza la atmósfera artificial creada en base Ciudad Lunar. Dicha bóveda rompía los peligrosos y duros rayos solares sin tamizar por atmósfera alguna, filtrándolos y dividiéndolos en miríadas de rayos difusos que daban una luz semejante a la recibida, por ejemplo, en Miami Beach o la Costa del Sol española.

Los quinientos metros de profundidad se habían dividido en pisos, dejando el más bajo y profundo para la instalación de energía atómica que daba vida a la base.

La nave «Crow O1», pilotada por el experto y popular Ian Parrish, antes de conectar el automático de alunizaje retropropulsivo en vertical, comunicó por su micrófono interior:

—Hemos llegado de retorno a base Ciudad Lunar. Espero que el viaje haya sido de su agrado.

Se escucharon unos leves comentarios entre los turistas de a bordo, la mayoría de ellos millonarios, pues no resultaba barato costear aquellos periplos turísticos en derredor

de la luna, visitando los principales cráteres y monumentos a los primeros hombres que habían puesto su pie en el astro, en especial el monumento en el Mar de la Tranquilidad a Neil Armstrong.

La nave cono-cilíndrica (un modelo especial construido por el propio Ian Parrish uniendo partes de naves rescatadas del espacio, lo que había abaratado su construcción) tenía la particularidad de que lo mismo podía pilotarse en planetas sin atmósfera que en planetas con atmósfera como la Tierra y Marte. Su sistema de entrada en la atmósfera era atrevido. Su morro era de un acero aleado con diamantes y recubierto de puro zafiro selenita que soportaba elevadísimas temperaturas. De este modo, el morro penetraba en la atmósfera en dirección oblicua y descendía a vertiginosa velocidad decelerando hasta hallar la velocidad apropiada para entrar en un corredor aéreo normal, buscando luego un aeropuerto que le sirviera.

La astronave «Crow O1» alunizó perfectamente sobre unos grandes raíles por los cuales se deslizó internándose en el macrohangar que se introducía en el planeta a un kilómetro escaso del cráter en el que se ubicaba la base Ciudad Lunar.

El hangar estaba iluminado a la perfección. Había allí distintos tipos de naves interplanetarias y *ferrys* lunares no capacitados para desplazarse a otros planetas, ni siquiera para regresar a la Tierra. Eran *ferrys* que comunicaban a los mineros que se hallaban en los más distintos puntos de la Luna.

Las grandes puertas de acero al cromo se cerraron. Aguardaron cinco minutos en la nave antes de que se hubiera creado la atmósfera necesaria para poder vivir los seres humanos. Después, se abrió la compuerta del «Crow O1» y los turistas, entre grandilocuentes y ampulosos comentarios, descendieron para trasladarse a su hotel de base Ciudad Lunar. Cuando regresaran a la Tierra tendrían

muchas cosas que explicar, muchas maravillas sólo aptas para caprichos millonarios terrestres.

Ian Parrish se desperezó. Estaba aburrido de aquel trabajo, pero prefería trabajar para sí mismo. Aún recordaba las disputas que había tenido con la Explorer Corporation. Mientras tuviera su nave saldría adelante sin faltarle el dinero; lo malo era que la compañía de seguros interestelar le había puesto objeciones para la renovación de la póliza y él sabía que su nave envejecía poco a poco. Si la póliza no la cubría, tendría que donarla por inservible y se quedaría, como vulgarmente se dice, con las manos en los bolsillos en medio de un planeta hostil, posiblemente sin dinero suficiente para pagarse el regreso a la Tierra. Quizá terminara convirtiéndose en uno de aquellos desesperados mineros que llegaban a la Luna con todos sus ahorros, dispuestos a pagar lo que fuera por una parcela lunar donde cavar en busca de algún metal noble que pudiera enriquecerles, y luego, en los días de asueto, correr a buscar la diversión que en la base lunar se ofrecía a los mineros a un alto precio. Bueno, si aquello llegaba, ya tendría tiempo para pensar una solución.

Bostezó y abandonó la nave y el hangar, dirigiéndose al gran vestíbulo para presentar el reporte del vuelo al destacamento lunar de la policía intermundial.

Ian Parrish no podía quejarse de su suerte entre las mujeres, contribuyendo a ello su elevada estatura, su complejión atlética, su cabello cobrizo siempre despeinado, sus ojos argenta oscuro, quizá de tanto mirar a las estrellas. Su padre había sido uno de los primeros astronautas, uno de los pioneros del espacio y podía decirse que él había nacido mirando al firmamento, quizá se debiera a eso el extraño color de sus pupilas.

De veras no podía quejarse de su éxito con las mujeres y aquella fémica de cabello azabache, con un traje interestelar de fantasía, algo recargado de pedrería, con grandes ojos oscuros y mirada ardiente, labios gruesos y muy carna-

les que le sonreían, le hizo pensar que era bueno tomarse un descanso entre los viajes de periplo selenita para turistas ricachos y orondos.

—Hum, si no me equivoco, usted es Ian Parrish.

—En efecto. ¿Ha leído el catálogo de viajes turísticos lunares?

—No, acabo de llegar de la Tierra y me gustaría hablar largamente con un hombre tan interesante como usted. Mi habitación es la 515.

Aquella belleza no se preocupó de esperar respuesta del hombre. Se puso en pie marcando toda su escultural anatomía, en la que cada redondez era una tentación.

Onduló sus caderas y se alejó por el gran vestíbulo bajo la luz que penetraba por la bóveda encristalada, a prueba de proyectiles y meteoritos hasta las tres pulgadas de diámetro.

Un astronauta compañero suyo, piloto de líneas espaciales regulares Tierra-Luna, le palmeó la espalda amigablemente.

—¿Otra conquista, Parrish? Diablos, qué suerte la tuya. ¿Cómo te las arreglas?

—Será que soy un tipo independiente. A las mujeres no les gustan los esclavos como tú, que laboran por un sueldo mísero.

—No tan mísero, Parrish. No nos va mal la vida como pilotos regulares; claro que ya sabemos que es mejor ser un explorer. Por cierto, a tu «Crow O1» no le queda mucho tiempo de vida. Si las compañías aseguradoras no te extienden una póliza, la policía intermundial del espacio te va a prohibir el despegue y si la desguazas vas a tener que buscar un museo para guardarla.

—Trataré de aprovechar el tiempo que me queda, y si las cosas siguen así, habré de subir los precios a los turistas ricachos para asegurarme la vejez.

—Y pronto llegarás a viejo si sigues con conquistas de ese calibre, Parrish; claro que a mí no me importaría enveje-

cer de golpe en una semana entera con ella.

Otro de los compañeros astronautas, que pertenecía al grupo de *ferrys* interselenitas, se acercó un tanto excitado.

—¿Os habéis enterado de lo de Antoine?

Parrish y Hollandson le miraron extrañados.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Parrish, que apreciaba al astronauta galo que había sido su compañero en multitud de viajes.

—Ha muerto.

—¿Cómo? —inquirió Parrish—. Si tenía su nave en reparación...

—¿Algún accidente? —preguntó Hollandson.

—He oído decir que lo han encontrado en su habitación. Estaba tomando dosis de radiaciones solares difusas para vitaminar la piel, y al parecer, había ingerido un somnífero. En el colmo de la desgracia, el automático del solarium electrónico se ha estropeado. Con deciros que han descubierto lo sucedido porque salía humo por el extractor de renovación de aire viciado. Se ha dado la alarma silenciosa sólo para expertos para impedir el pánico en la base Ciudad Lunar y el computador de control de incendios ha detectado de inmediato el lugar de origen. Han abierto la habitación de Antoine y allí estaba, achicharrado y sin vida bajo su propia lámpara solar.

—Qué forma tan estúpida de morir un astronauta como él, que en tantas ocasiones ha arriesgado su vida en misiones especiales —se lamentó Hollandson.

Por su parte, Ian Parrish comentó:

—Jamás se sabe dónde hallaremos la muerte.

El recién llegado, portador de la noticia, objetó:

—Ya vais quedando pocos de los independientes, Parrish.

Ian Parrish admitió:

—Es cierto; de los independientes sólo quedamos cuatro. Omaha Young, Federov, Clyton y yo, y, por lo visto, mi

nave ya no tiene mucho tiempo de vida, como dice Hollandson.

El aludido dijo:

—La verdad es que las grandes compañías están esperando que los independientes, que sois quienes abaratan los precios, desaparezcaís.

—Sí, claro —admitió Ian Parrish—, para así monopolizar los precios. Todo da asco. Cuando Neil Armstrong puso su pie en la Luna, toda la humanidad creyó que estábamos consiguiendo un mundo mejor, pero ya veis, pasan las décadas y todo sigue igual de mezquino que allá en la Tierra en la era del siglo XX.

Ian Parrish se sentía a disgusto. Tomó el ascensor y descendió a su habitación donde se dio una ducha. Luego subió a la cafetería para tomarse un «water-star» que le caldeara los ánimos y le enfriara el mal humor. El «water-star» no era más que una mezcla de *whisky* y *vodka* macerado en unas arenillas selenitas que había descubierto un armenio, haciéndose millonario con la fórmula de su nueva bebida espacial que, después de todo, no estaba nada mal.

En la cafetería lunar vio a varias de sus amiguitas, pero apenas tuvo deseos de dialogar con ellas.

Recordó el rostro de la recién llegada a la base Ciudad Lunar, su opulento busto y sus bien moldeadas caderas. Se introdujo en el ascensor de descenso. No era la forma más ortodoxa de recordar a Antoine, pero por lo menos se quitaría de encima su mal humor.

«Cinco uno cinco», recordó. La planta en que se hallaban las habitaciones de la centena del medio millar eran las *suite* más grandes y lujosas. Las más caras, sólo aptas para bolsillos superricos. En el planeta Tierra no existía ninguna habitación, *suite* ni siquiera palacete que pudiera tener un precio semejante a aquellas *suites* de base Ciudad Lunar, comprendidas entre la 501 y la 600.

Al llegar ante la puerta 515 pulsó el botón colocándose frente a la cámara que habría de enviar su imagen al inte-

rior para que sus ocupantes decidieran si debían o no franquearle la entrada.

La puerta se abrió y pasó al interior de la estancia. Recordó que ni siquiera conocía el nombre de la morena que le invitara a su alcoba.

—Adelante, Ian —escuchó que le decía la voz femenina, mientras adelantaba en la oscuridad pensando que el contacto de la luz se había estropeado—. Ahora salgo, estoy en el baño.

La puerta se cerró tras Ian Parrish y en aquel instante las lámparas indirectas de titanio-potasio se encendieron iluminando el *living* de la *suite*.

Parrish se sorprendió, pero su rostro anguloso no lo demostró.

Ante él, cinco hombres inesperados. Tres de ellos tenían rasgos orientales y uno, a juzgar porque se hallaba sentado en la mejor butaca y su indumentaria recargada, con un dragón tejido en oro en su pecho, le pareció el jefe del grupo.

—Bien venido, señor Parrish —saludó el oriental, que sonreía al mirarle.

—Esto no estaba en el plan.

—Si se refiere a Paula, bueno, ella podrá ser obsequiosa con usted, pero después. Ahora continuará dentro de su baño para que su piel sea más fina y sonrosada.

El asiático hablaba en perfecto inglés. Su voz, al carecer del más ligero acento, no le delataba como un hijo de Oriente.

—Bueno, me parece que Paula ha sido el cebo y yo, la presa —comentó Parrish, con sarcasmo, al tiempo que se dejaba caer en uno de los cómodos butacones.

—Es usted un hombre que no se enfada con las mujeres —comentó el oriental, mientras los otros cuatro permanecían en silencio.

Sin duda alguna, eran sus secuaces más fieles que mastines a su amo.

—Es mi forma de ser, pero vayamos al grano. ¿Qué se propone al atraerme hasta aquí?

—En principio, dialogar un poco. Conozco su valor, su tecnicismo, su experiencia en la astronáutica y su nave «Crow O1».

—¿Y por qué no hablamos primero de usted? Creo que lo he visto en alguna parte.

—¿A mí? —rió levemente—. Para un occidental, un chino, un japonés, un vietnamita o un coreano, es igual a otro chino, etcétera, etcétera. Todos somos iguales. Después de todo, hay quinientos millones de seres con la piel amarilla y los ojos oblicuos. Debiéramos ser más de mil millones, pero ya ve, la Tercera Guerra Mundial nos redujo a la mitad. Resultó una masacre de chinos, ¿no cree?

—No está en mi ánimo juzgar una guerra mundial ya finita y que todos deseamos olvidar. Su imperio chino buscó la guerra y los resultados fueron catastróficos para todos. No soy filósofo, sociólogo ni militar, señor Lung.

—Por Confucio, señor Parrish, es usted un excelente fisionomista, además de piloto astronauta.

—Recuerdo que vi su fotografía en un noticiario televisado. No me pregunte la fecha, sólo sé que usted salió y alguien dijo que Lung era el hombre de piel amarilla más importante de su tiempo.

—En el campo de la industria y las finanzas —puntualizó Lung.

—Las finanzas y la industria no dejan de ser otro medio de conquistar nuestro mundo en estos tiempos en que los ejércitos son desmantelados. El financiero e industrial más importante es el que tiene más poder. Incluso obliga a claudicar a pequeños Gobiernos y presiona a los grandes. Creo recordar que a lo largo de la historia, en especial en el siglo XX, soterradamente fueron muchos los industriales y financieros que provocaron guerras en distintas partes del globo, achacándolas después a cuestiones políticas.

—Antes de que nos resultemos antagónicos, hablemos de lo que puede interesarnos a ambos.

Ian Parrish deseó decir a aquel sujeto excesivamente gordo sin un solo cabello en todo el cráneo, cejas ralas y mirada reconcentrada, que le caía mal, muy mal, pero tampoco le caían bien muchos de los turistas que transportaba en su nave y no por ello los echaba a puntapiés.

—¿Cuál es su petición u oferta, Lung?

Aquel oriental, que al estilo de los grandes mandarines chinos, anteriores al soviétismo del siglo XX, llevaba el nombre del dragón mitológico que simbolizaba la nube que concedía lluvia, respondió:

—Sólo queremos contratarle, señor Parrish.

—¿Contratarme? ¿Acaso desea efectuar un viaje turístico selenita? Hago precios módicos.

—¿Nos toma por imbéciles turistas? —preguntó Lung, sonriente y burlón.

—No sé. Si está en esta *suite* y paga a esa chica que le obedece, tiene escolta y es capaz de llevar ropas carísimas bordadas en oro, imagino que tiene bastante dinero, eso sin pensar en lo importante que es industrialmente y en las finanzas.

—Señor Parrish, sólo quiero contratarle para un largo viaje a usted y a su «Crow O1».

—Eso no es problema. Fijamos un precio y todo se arreglará.

—Sé que le hace falta dinero, señor Parrish, y es posible que sea dadivoso y obsequioso con usted. Si mi misión sale bien, le abonaré el importe de una nueva nave interplanetaria.

—Diablos, eso es un buen trato. ¿Qué tengo que hacer yo a cambio?

—Nos llevará a Marte.

—¿A quiénes?

—A los que estamos aquí.

—Está prohibido ir a Marte, a menos que se tenga un pase especial del Comité Mundial del Espacio. Las órdenes son severísimas.

—Lo sé. Existe un silencio absoluto de alto secreto sobre lo que hay en el planeta Marte.

—Y usted está intrigado en averiguarlo, ¿no es eso?

—No, señor Parrish. Sé con exactitud lo que se puede encontrar en Marte.

—Sabe usted mucho, Lung. ¿Y qué es lo que hay allí?

—Lo sabrá cuando lleguemos.

—Yo no he dicho que fuera a ir.

—¿Tiene miedo?

—No tengo miedo alguno, pero no estoy dispuesto a cometer delito espacial haciendo caso omiso de las estrictas órdenes dictadas por el Comité Mundial del Espacio.

—¿Teme perder su licencia de piloto astronauta?

—Por una parte, sí, y por otra, puedo pelearme con algunas personas, pero no estoy al otro lado de la ley. Si se ha prohibido que ninguna nave se pose en Marte, por algo será, y si usted pretende arribar allí conociendo algunos datos, me supongo que a través del soborno o la extorsión a funcionarios del Comité Mundial del Espacio, no será precisamente para ayudar a la humanidad sino a sus propios intereses.

—Exactamente. Sólo quiero llevar allí una gran caja.

—¿Una caja? Las cajas sirven para contener objetos. ¿Qué cosa va a introducir en esa caja?

—Lo sabrá a su tiempo, señor Parrish. Por ahora, su curiosidad no puede ser satisfecha.

—Imagino que hay mucho de oscuro en su proyecto, Lung. Ignoro cuáles son sus planes, pero sospecho que va en contra de toda ley, que sólo busca provecho propio, sea en el sentido de poder o en el terreno económico, y en ese caso no podrá contar conmigo.

Ian Parrish se puso en pie dando por terminada la entrevista. Lung no se movió de su butaca y tampoco lo hicieron

los cuatro hombres que le acompañaban y a los cuales Parrish vigilaba con atención.

—No ha entendido bien, señor Parrish. Le he dicho que le compraré una nave nueva que le permitirá seguir independiente en el futuro. Total, por un viaje de ida y vuelta a Marte.

—Lo siento, Lung. Obtenga un permiso de la comisaría representativa de base Ciudad Lunar y yo le llevaré a Marte. De lo contrario, no hay trato. Soy un independiente, pero estoy dentro de la ley y no por encima de ella como parece estarlo usted.

—En ese caso, lo lamento por usted, señor Parrish.

—Eso suena a amenaza, Lung.

—Comprendo. Al intrépido Ian Parrish no le gusta que lo amenacen, pero ya ve, he hablado demasiado con usted para contratarlo. Usted se ha puesto terco. Sé que a la larga conseguiría convencerlo, pero...

—Jamás lo conseguirá, Lung —atajó Parrish.

—Ya, se considera usted un hombre íntegro, un hombre honrado consigo mismo. Vamos, vamos, señor Parrish, esa pose ya está caduca en estos tiempos del siglo XXI en que vivimos. En fin, no tengo tiempo que perder y usted ahora es un peligro para mí.

—¿Teme que me presente al coronel de la comisaría del Comité Mundial del Espacio y le cuente sus planes?

—Exactamente, eso temo, y no voy a permitirselo.

—¿Cómo va a impedirlo? ¿Lanzando a sus gorilas contra mí?

—El honorable Lung siempre toma sus medidas preventivas. Buen viaje, señor Parrish.

Ian Parrish, el piloto del espacio, escuchó un seco taponazo. Después, un agujonazo en sus riñones. Se revolvió rabioso y en la puerta que conducía al cuarto de baño vio a la morena del vestíbulo.

La espléndida mujer de cabellos azabache, ahora desparramados por su piel desnuda, únicamente cubierta por

un minibikini de fantasía que no lograba ocultar sus encantos, tenía en su mano una pequeña pistola de dardos.

Ian Parrish se llevó la mano al riñón.

Se arrancó el dardo, pero éste ya estaba vacío. Su ponzoñoso contenido había pasado al interior de su cuerpo. Quiso dar un paso, pero sus piernas se habían paralizado.

Miró a la mujer y apenas pudo mascullar su nombre.

—Paula...

Notó la parálisis incluso en su mandíbula. Sus ojos se oscurecieron y lo último que pudo escuchar fue la risita demoníaca de Lung.